

Escuela Secundaria Básica N° 309

Título: “Antología de Leyendas Urbanas”

Autora: María Laura Osorio

Adoro las narraciones; será por eso que, siempre, de un modo u otro, me encuentro con mis chiquitos contando historias.

Mis alumnos del 309 son, a veces, algo vagos, reacios a la lectura, como también los alumnos de otras escuelas, pero en este caso, ellos, mis grandes conversadores, dieron en la tecla. Son muy hábiles, mis pillos, para lograr que se extienda la hora sin escribir en la carpeta, así que, en esta oportunidad decidí darles el gusto.

Estábamos viendo leyendas justo cuando, uno de los chicos me pregunta si escuché hablar del lobizón, y aparte de reír, porque a todos nos resultó divertido, comenzamos a contar historias similares, sobrenaturales, electrizantes.

Nos adentrábamos en el fascinante mundo de las “leyendas urbanas”. La temática nos gusto a todos. Y más a algunos, porque en las clases siguientes, no hubo que escribir, y para mis nenes eso de hablar, compartir y conversar, es equivalente a ¡recreo!!

Construimos una grilla para ponerles nota a nuestros narradores, pero más aun, para obligarnos a prestar atención a los detalles de cada historia, y escuchar con la misma dedicación a cada uno. Nadie nos enseña a escuchar, todos dan por supuesto que sabemos hacerlo, y así llegamos a adultos, ¡todos grandes habladores, sí, pero malísimos escuchas!

La propuesta fue fluyendo; todavía lo estamos trabajando, pero de esas primeras historias que nos emocionaron y pusieron la piel de pollo surgieron hermosos escritos. Tuve que extorsionar a los más vagos con la nota.

Para mi sorpresa, resultaron ser muy críticos con sus narraciones orales. Al principio parecía que nadie calificaba para un 7; luego se volvieron más flexibles, pero nadie llegaba siquiera a arañar un 9... jajaja... ¡Ariel, (uno de los menos aplicados en tareas de rutina), se sacó un 10! ¡Un diez puesto en forma unánime por todos sus compañeros!! -Porque hizo que me lo imaginé- ¡sentenció una de las niñas!

Una de las nenas me dijo que ella prefería contarme la historia a mí, porque los demás seguramente se reirían de su historia. Así que, comenzamos a autorizar, a veces a la profesora, otras a algún compañero más extrovertido, a narrar las historias de otros,

aunque todos estuvimos de acuerdo en que no llevaba la misma nota que un relato hecho por sí mismo.

Cuando me preguntaron si creía en estas cosas, (los chicos son muy críticos con sus propias creencias, y en la gran mayoría de los casos exigen casi un rigor científico, son mucho menos crédulos que los adultos... ¡ja!), contesté que, lo importante es rescatar historias, como vimos que lo hicieron los hermanos Grimm, como Italo Calvino, como Gabriel García Márquez, que historias que no se cuentan son voces muertas... silencios que se instalan donde había palabras.

Estamos compilando. Todos somos escritores y partimos de esa premisa. Con los oídos atentos, una lengua ávida de contar y una mano ansiosa de escribir.

El proyecto está en marcha y es rico en muchos aspectos. Veremos a dónde nos lleva. Veremos cómo continúa.